



Vilafranca de Bonany. Un espacio para el corazón

Itziar Pascual



Las ferias ocupan un lugar clave en la actual difusión y contratación de espectáculos de teatro para la infancia y la juventud. Representan la ocasión para dar a conocer, presentar y proponer, al propio sector de este teatro, estrenos, ediciones y proyectos. Pero son, a la vez, espacios muy exigentes, donde el espectador profesional ha asistido, en muy breve plazo a un número notable de espectáculos. La presión y la exigencia (incluida la auto exigencia) son muy altas.

Una feria que está sobresaliendo por el carácter comprometido de su orientación es la Fira de Teatre Infantil i Juvenil de les Illes Balears (FIET)¹, que, contra viento y marea y a pesar de los sucesivos recortes económicos de las administraciones públicas, ha desarrollado su XI edición, del 14 al 16 de diciembre en Vilafranca de Bonany (Mallorca). Y resulta notable el compromiso, no solo de los organizadores –Sa Xerxa de Teatre Infantil i Juvenil de les Illes Balears– cuanto de los propios habitantes del municipio, que se han unido para «salvar» su Fira: ante la imposibilidad de desarrollar una nueva edición, los organizadores de la Fira lanzaron una campaña invitando a la colaboración y participación ciudadana, que no se hizo esperar, en la manutención, alojamiento, atención y acogida de las compañías que presentaban sus propuestas. Todo un ejemplo de cómo el arte y la cultura pueden estar imbricadas en la vida de la comunidad.

A lo largo de su trayectoria, la Fira de Teatre Infantil i Juvenil de Vilafranca de Bonany ha dado especial cabida a espectáculos en lengua catalana. En estos momentos, cuenta también con propuestas en castellano que se suman a la programación general. Se trata de un proyecto cuidado, año tras año, y que ha crecido en la atención del público de las islas –de poco más de un millar, en la primera edición de la Fira, a unos

once mil, en la undécima—, con salas y espacios escénicos llenos, públicos familiares, campañas escolares y programadores procedentes de diversas comunidades autónomas y países, que han seguido con interés esta feria. Y todo con una gran sencillez, una enorme cercanía personal y un compromiso firme, que está en el trabajo de todo el equipo de Sa Xerxa.

Vilafranca de Bonany, una localidad situada en el interior de Mallorca, a pocos kilómetros de Manacor, ha sabido recoger el espíritu de una tarea bien hecha, fraguada en el esfuerzo personal y colectivo, para convertir por unos días sus instalaciones educativas y deportivas en espacios escénicos; pues el municipio cuenta únicamente con un teatro, una recoleta bombera, excelente para la cercanía de las creaciones con el público, pero insuficiente para albergar una feria de estas características.

La FIET 2012 ha acogido 64 funciones de 33 espectáculos de 31 compañías, con propuestas de títeres, teatro, danza *clown*, ópera y teatro de calle procedentes de Cataluña, Andalucía, Castilla-La Mancha, Castilla León y Madrid, además de dos compañías de otros países europeos: Le Ventre á Paroles, de Francia y la Theatre for Children and Youth «Mali», de Rusia.

Imposible dar cuenta de todas las manifestaciones escénicas presentes en esta edición, pero basten algunas pinceladas para destacar excelentes creaciones, algunas de estreno en las Islas Baleares, otras de cierto recorrido por parte de las compañías que las presentan.

Entre las primeras, y a la vez, las segundas, el espléndido *Ulixe*, de la compañía valenciana Bambalina Teatre Practicable². Bambalina es de sobra conocida para los admiradores de un trabajo poético y creativo donde la relación y exploración del mundo del títere ha dado lugar a propuestas —para distintos públicos— como las de *Don Quijote*, *Carmen*, o *Pasionaria*. Jaume Policarpo es el responsable de una dramaturgia que investiga con humor y audacia el universo de *La Odisea*, y los actores manipuladores —David Durán, Carlos Gracia, Luís M. Romaguera— son tres dioses griegos que acompañarán al héroe de la gran epopeya a través de sus aventuras mediterráneas, hasta el regreso a Ítaca y el reencuentro con Penélope. Es delicioso ver cómo un tablero puede transformarse en el Mar Egeo; impagable la imagen de Ulises surfeando, cuando recuerda Ítaca...

También fue estreno insular el trabajo de la compañía catalana La Pera Llimonera, *Tortuga, l'illa d'en tresot*, de Toni Albá, Pere Casanovas y Pere Romagosa. Se trata de un montaje que ha recibido ya notables reconocimientos, en particular por la destacada interpretación de Pere Casanovas y Pere Romagosa (como el Premio a la Mejor Interpretación masculina en FETEN 2012). A partir de un encuentro casual en un puerto entre

dos singulares personajes, nos enrolaremos en una aventura de piratas, tesoros escondidos y peripecias marinas, que desembocará en un final inesperado...

El trabajo actoral de esta propuesta es un juego intenso de réplicas disparatadas, audaces y surreales, que dejan huella en el espectador.

En una clave de teatro más íntimo, como un «bulubú» en el que el actor es a la vez narrador, manipulador y cantautor, habría que destacar la ternura de *La rateta que escombrava l'escaleta*, adaptación del cuento popular de *La ratita presumida*, a cargo de la Companyia B, de Cataluña.³ La propuesta de Pep Boada recrea ese mundo, cotidiano y mágico a la vez, de las mercaderías de antaño, y todos los elementos (incluidos los propios títeres de la obra) nacen de la presencia de elementos del mundo textil. Se trata de una propuesta que atraerá especialmente a niñas y niños de cinco a siete años.

No queremos concluir esta crónica de la FIET 2012 sin desear que en su próxima edición pueda recuperar una iniciativa de enorme alcance: el Premi de Teatre Guillem d'Efak, para textos literario-dramáticos dirigidos a público infantil y juvenil, que lleva el nombre del célebre cantante, poeta y dramaturgo guineano-manacorí, al que la presente FIET rindió homenaje con la presentación de la edición de *Teoría y Práctica del Taller de Teatro*.

■ NOTAS

1. <http://www.saxerxa.org/>
2. www.bambalina.es
3. http://www.lamaletadelsespectacles.com/spn_cerca_espectacle.php?id=00049



Teatralía. El público de un festival público.

Lola Lara



Teatralía ha cumplido 17 años en 2013. El festival internacional de artes escénicas de la Comunidad de Madrid para niños y jóvenes utiliza, desde 1997, numerosos escenarios (de la capital y de más de una treintena de municipios de la región) desde los que, un año tras otro, recibe a la primavera. Una primavera estacional y una primavera figurada, la cartelera para estos públicos «florece» en tres semanas de programación.

En tantos años de existencia, el festival ha cambiado de responsables, de equipo y modo de gestión; y, obviamente, de presupuesto. Muchos cambios y un tronco común sólido y permanente, la alta calidad de su programación y el cuidado exquisito en las condiciones de exhibición.

Esa es la clave de una fórmula exitosa durante más de una década, que sigue vigente a todas luces. Aunque en el momento de escribir este artículo el festival acomete la última semana de programación y, por tanto, aún no hay resultados definitivos, puedo adelantar que hasta la fecha se ha rozado la ocupación total. Listas de espera en funciones de campaña escolar y entradas agotadas desde días antes de la función en representaciones de fines de semana, son hechos de los que se pueden extraer conclusiones.

El programa de Teatralía se articula en base a unas cuantas premisas que, en realidad, pueden agruparse en un único concepto, el carácter inclusivo. Inclusivo es abarcar todas las edades de la infancia, también las fronterizas de los bebés y los adolescentes. El programa del festival contiene propuestas escénicas para todo el período de la minoría de edad, en sintonía con la tendencia creativa. Aunque el llamado teatro para bebés es un fenómeno reciente, ya que empezó en Francia como algo experimental hace poco más de dos décadas, ha tenido un desarrollo fabuloso. La compañía española La Casa Incierta, que apuesta con contundencia por este público precoz ha estrenado en el festival su trabajo *La caverna sonora*,

una pequeña ópera que interpretan una pianista, una cantante lírica y una actriz. Una bellísima defensa del balbuceo del bebé como primer lenguaje del ser humano, exhibida en óptimas condiciones: aforo limitado (el bebé necesita cercanía con la escena), espacio acogedor, de reminiscencias uterinas, donde las butacas se han sustituido por bancos de menor altura acordes con la estatura del bebé. Y es que para que el ritual se produzca, no podemos descargar en los artistas toda la responsabilidad, es imprescindible sobre todo con estos públicos, mimar la exhibición.

En el otro extremo, los adolescentes, sin duda, el público generalmente más desatendido y que también encuentra eco en Teatralia. *Esos locos barrocos*, de la compañía madrileña Ron Lalá es una versión *ad hoc* (para este público) de una de sus creaciones más exitosas, *Siglo de Oro, Siglo de Ahora*. Un trabajo imaginativo, divertido, de calidad, en el que la entrega de los jóvenes actores y la mirada a nuestros clásicos con el filtro de la más rabiosa actualidad son claves. Crítica mordaz a algunas cuestiones de actualidad y la fresquísima energía interpretativa conecta la escena con el patio de butacas haciendo de cada función un hecho emocionante, que desmiente otra vez el sambenito de que al adolescente no le interesa el teatro.

Otro factor de inclusión es que Teatralia abarca todas las artes escénicas, las tradicionales (teatro, música, danza y circo) y las de nuevo cuño que fusionan en infinitas variables disciplinas de diversa naturaleza, de las cuales la estrella es, sin duda, la videocreación. Propuestas escénicas imposibles de catalogar. El programa del festival del año 2008 ya rezaba:

«Ha sido en el último cambio de siglo cuando la mixtura ha alcanzado, con la incorporación de las llamadas artes multimedia a escena, una cota que hace casi imposible la tarea de catalogar la creación artística. Las artes se contagian unas a otras. El artista que hacía música, incorpora movimiento a sus creaciones y explora la danza: el que hacía danza siente la necesidad de decir un texto y se adentra en el terreno teatral; el que se expresaba en los diálogos, incorpora objetos animados e investiga el teatro de títeres; el que baila, dibuja movimientos acrobáticos... todos indagan en el jovencísimo arte digital».

La creación escénica para público infantil y juvenil es libre e indómita, en consonancia con sus espectadores carentes en buena medida de corsés que se adquieren con el paso del tiempo y los artistas que lo son, lo saben bien.

Le miroir aux formics, de Compagnie Pupella-Nogués es un ejercicio de libertad que sus creadores definen como un «haiku de marionetas, objetos

y actor». Pero, además, contiene imágenes, sombras, música y efectos sonoros en vivo. Es una delicia alegre, optimista, juguetona sobre el transcurrir del día a la noche, de la primavera al invierno... ejecutada por tres magníficos intérpretes, que se rodean literalmente (así ubican a los espectadores) de niños y niñas de tres a seis años.

Indómita es la bailarina de Zététique Théâtre cuando haciendo una acción que seguro despierta la envidia de los espectadores de a partir de dos años, embadurna sus manos y sus brazos con una espesa pintura roja. *Ultra* es un monólogo coreográfico plagado de guiños lúdicos a los más pequeños.

También para las primeras edades, *La Ratita que...*, de Companyia B habla del conocido cuento de *La ratita presumida*, bajo la mirada del mercero que le vendió el lacito causante de la desgracia. Está extendida la idea de que llevar a escena un cuento clásico es asegurarse mejor acogida del público. Puede ser, pero tan verdad como que los cuentos de hadas (al igual que los textos clásicos para público adulto) siguen siendo inspiración honesta de muchos artistas que trabajan para niños y que aportan genuina creatividad. El *Pinocho* de Ultramarinos de Lucas utiliza aperos y materiales de carpintería para mostrarnos la infancia como una fuerza transgresora y libre; *El Principito*, de Silfo Teatro, bebe tanto de los dibujos de Saint-Exupéry, como de su relato. *Le grand méchant loup*, de la canadiense Dynamo Théâtre (uno de las compañías de referencia en el mundo que acaba de cumplir 30 años) «tira» del malo por excelencia de los cuentos, el lobo feroz, para hacer una propuesta de teatro de *clown* y hablar de las equivocaciones y la fragilidad humanas.

Las fuentes de inspiración son inagotables también en las artes escénicas para la infancia y así encontramos en la edición de este año, danza inspirada en la tauromaquia de Picasso, curiosamente obra de una compañía francesa (*En corps*, de ACTA); una obra para títeres y músicos sobre un cuento de Chèjov (*Romance dans les graves*, de Théâtre sans toit); otra inspirada en la mitología griega (*Prometeus*, de Lafontana-Formas Animadas) o una delicadeza escénica que recrea el hecho documentado de que en la expedición de Hernán Cortés a América viajaron dos titiriteros y varios músicos. *Yo soy la locura*, de Claroscuro, utiliza máscaras, títeres y música en vivo (con composiciones del Siglo de Oro) e instrumentos recreados de la misma época.

Pegada a la realidad y a una experiencia bien común, *BerrRRinche*, coproducción de la compañía mexicana Figurat S. C. y la canadiense Théâtre Motus, aborda la pataleta, la rabieta infantil, pero desde un punto de vista nada maniqueo en el que adulto tampoco sale bien parado en cuanto a la habilidad para gestionar la frustración. Tan sorprendente en esta obra es

el fondo como la forma. La rabieta es un hecho real, que aquí adopta una hermosa forma simbólica cuando el tierno peluche del niño protagonista (un pequeño tigre) deviene en un fiero y gran tigre (una marioneta), al que el niño ya no puede controlar.

Enmarcada en un cuadro practicable que adquiere dimensiones y formas distintas, *Premiers pas sur la dune*, de Tof Théâtre, es libertad creativa en estado puro. Pequeñas marionetas (algunas, diminutas) protagonizan un relato de tintes surrealistas, en el que tan solo al final el espectador descubre que se trata de una experiencia onírica.

El gallo de las veletas, de La Canica, lleva a escena un cuento corto de Javier Villafañe, una suerte de viaje iniciático; un canto a la conveniencia de conocer mundo y buscar un camino propio. Premiada la obra como Mejor Espectáculo en Fetén 2013, hay que destacar la fuerza interpretativa de las dos actrices que lo sostienen tanto en la manipulación de los objetos como en el trabajo actoral.

De gran formato, dos montajes bien distintos: *La asombrosa historia de Mr. Snow*, de Antonio Díaz, un espectáculo de magia, dramatizado en torno a un falso documental sobre la figura de un mago ya desaparecido. Formado en Arte Dramático en el Institut del Teatre (Barcelona), Antonio Díaz otorga a sus montajes una cuidada puesta en escena que refuerza la limpieza de los números de ilusionismo y magia de cerca.

El segundo montaje para grandes escenarios, *Rainbow Blue*, viene de la mano de la compañía holandesa Introdans, peso pesado de la danza contemporánea en el mundo que tiene una división creativa dedicada a público infantil y juvenil, algo a destacar por poco habitual.

Formatos, puestas, tratamientos, lenguajes... tan y tan diversos que ni siquiera pueden imaginar aquellos que hablan de «teatro infantil» como si fuera una sola cosa y, encima, chata. Sin prisa pero sin pausa, los prejuicios en torno a la creación escénica para público infantil y juvenil saltan por los aires. A fuego lento seguimos cocinando el inmenso potencial de este público que requiere ser tratado con el respeto de estar en el presente y no como un proyecto de futuro adulto.

Si tuviera que señalar una sola característica de esta edición, no dudaría en señalar la extraordinaria respuesta del público. Más allá de cifras, de teatros llenos, me quedaría con la emoción reflejada en algunas caras, con la intensidad de una sala con más de 300 adolescentes compartiendo (a carcajada batiente) el «humor ronladero»; con el entusiasmo de un grupo de madres internas en un módulo penitenciario, en el que conviven con sus bebés. A ellas, la vanidad de *La ratita presumida* les provocaba risas y miradas pícaras. Me quedo con los aplausos que niños y niñas hospitalizados regalaron a Antonio Díaz; con la generosidad de él y de Pep

Boada para llevar su trabajo a unos espectadores que no pueden acudir a las salas.

Me quedo con las manos alzadas y en movimiento (su forma de aplaudir) de las decenas de niños y niñas sordos que han acudido a las funciones con intérprete a lengua de signos; me quedo con el niño ciego que hacía pucheros al enterarse de que era el último día en que *El gallo de las veletas* se hacía con audiodescripción para personas con deficiencia visual. Me quedo con las profesoras y maestros que siguen llevando a sus alumnos al teatro de calidad.

Tengo la inmensa suerte de haber conocido Teatralia desde fuera (como responsable de programación) y desde dentro, como responsable de programación en los últimos ocho años. He seguido por tanto, aunque desde lugares bien distintos, la evolución de un festival que cambió el panorama del teatro para la infancia en nuestro país. He podido observar, también, la evolución de un público que se renueva con celeridad biológica. De ambas experiencias creo poder inferir que si el arte es aquello de lo que no se sale igual que se entró, las artes escénicas para la infancia y la juventud son la fuerza transformadora por excelencia.